

García, dice Ferrando, de origen español, como su nombre lo indica, vivía en Vendée en el puerto de Saint-Gilles-sur-Vie, y los informes que suplieron á su propia experiencia le venían principalmente de los pilotos de los puertos comprendidos entre Honfleur y «Tout Brouage». Ese precioso documento, debido á los «maestros expertos del noble, sutilísimo, hábil, cortés, atrevido y peligroso arte y oficio del mar», fué publicado en numerosas ediciones francesas é inglesas; y durante más de dos siglos no vino á reemplazarle ningún libro en ningún idioma ¹.

A falta de «itinerarios», los mapas y las cartas de marear del Mediterráneo trazadas por los súbditos italianos, provenzales, catalanes, mahoneses y mallorquines eran también muy numerosos, y los mapas llegados hasta nosotros hacen resaltar este hecho extraño: de un lado la precisión verdaderamente admirable del dibujo, de la orientación, de las distancias y de todos los detalles de las costas ², del otro los errores groseros en la dirección de los ríos y de las montañas, en la evaluación de las distancias terrestres. Mírese el mapa de Juan de Carignan que data próximamente del año 1300: todo en él es lamentable ignorancia fuera del trazado notablemente exacto de las cuencas que se suceden desde el estrecho de Gibraltar á los montes del Cáucaso, bien conocidos, gracias á la multiplicidad de las travesías que habían sido efectuadas en todos sentidos.

Por una singular extrañeza, el progreso de la ciencia de los libros tuvo ciertamente por consecuencia un retroceso en el arte de la navegación. La fe realmente religiosa que despertaban las obras de los antiguos había de crear supersticiones, y con frecuencia hacía prevalecer ideas falsas, tomadas de la Antigüedad, sobre conocimientos ya precisados por los observadores de la Edad Media. Así ocurrió que cuando las obras de Ptolomeo se hallaron en su forma primitiva, en manos de geógrafos y navegantes al principio del siglo XV, el Mediterráneo volvió á tomar en los mapas una forma incorrecta que se perpetuó aún en las cartas de marear y en los atlas hasta principios del siglo XVIII ³.

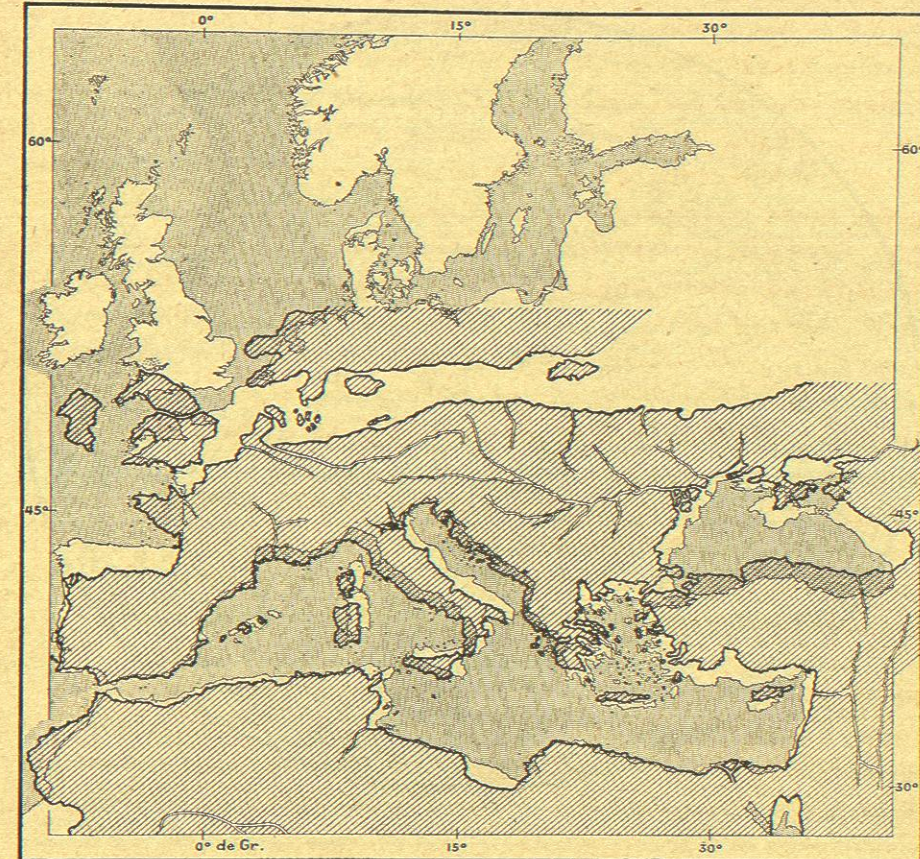
¹ A. Pawlowski, *Bull. de la Soc. de Géogr. Com. de Bordeaux*, 17 Febrero 1902.

² La Reveillère, *La Conquête de l'Océan*.

³ Joachim Lelewel, *Géographie du Moyen âge*; Cosimo Bertacchi, *Soc. Geogr. Italiana*, Septiembre 1900, p. 75.

En el oriente de Europa, por no haber sido completamente exploradas las tierras asiáticas, faltaba mucho para que fueran conocidas, aunque á lo menos se conocía su repartición en sus grandes

N.º 356. Europa y Mediterráneo, según Juan de Carignan.

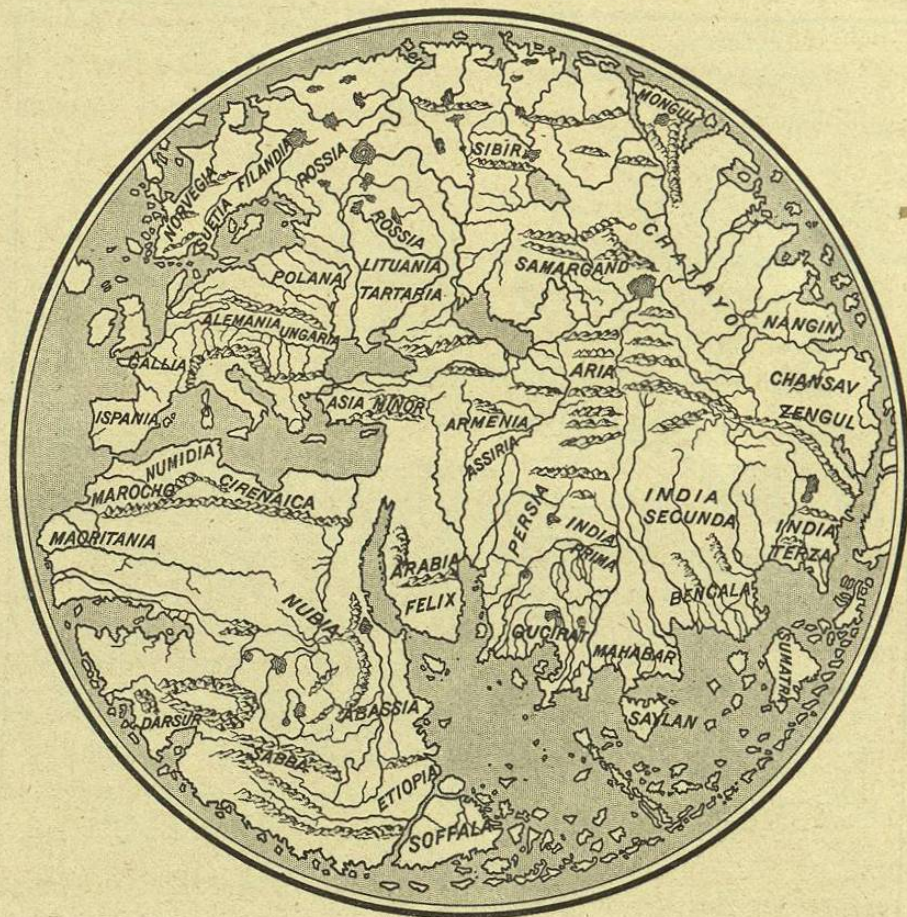


Los dos trazados, el del mapa de fondo (Bosquejo Mercator, escala ecuatorial de 1 á 50 000 000) y el del mapa de Juan de Carignan, en el que las tierras están cubiertas de un rayado, han sido superpuestos tomando Lisboa y el ángulo sud-oriental del Mediterráneo como puntos de apoyo.

rasgos. Los mercaderes venecianos y genoveses, los legados de los reyes y de los papas habían visitado el Asia central, la Mongolia y la China, mientras que los Arabes y los Malayos, que habían contorneado las penínsulas índicas, se habían encontrado con los

Italianos llegados por tierra en la suntuosa ciudad de «Quinsay», que era entonces el mayor mercado del mundo. Viajeros de Europa, frailes, aventureros ó traficantes, habían visitado también las

N.º 357. Mapa del Mundo, según Fra Mauro.



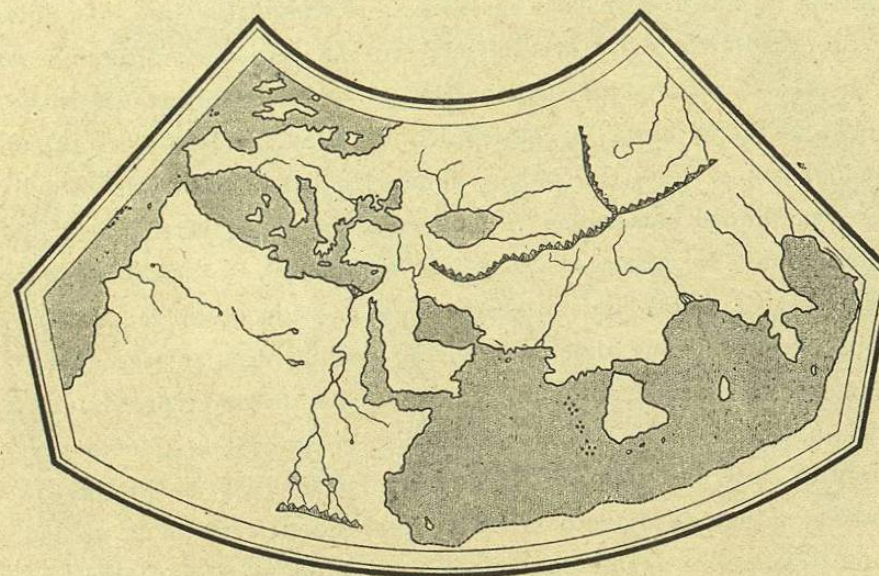
El original del mapa de Fra Mauro tiene un diámetro de 0'675; el Sud está arriba (véase la reconstitución de Kupka en la cabecera del capítulo). Esta reproducción está orientada según el uso actual y simplificada de conformidad con Carlo Errera, *L'epoca delle grandi Scoperte geografiche*.

islas y las penínsulas meridionales de Asia, entonces misteriosa, «donde se cría la pimienta», especia tan necesaria en aquella época, por la mala calidad de la carne, frecuentemente corrompida, con que se alimentaba el pueblo, y cuyo mal gusto era necesario disimular¹.

¹ W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 206.

Algunos de esos viajeros, Pordenone, Mandeville, Schitbergen, tenían bastante literatura para referir con mayor ó menor sinceridad las maravillas de aquellas lejanas comarcas.

En cuanto al Africa, las cartas de marear del Mediterráneo, á falta de relatos detallados, atestiguan también que los mercaderes del Mediodía de Europa poseían muchos informes sobre el interior del «continente negro». El mapa de *fra Mauro*, que adornaba un palacio de Venecia desde mediados del siglo XIV, indica las mon-



EL MUNDO SEGÚN CLAUDIO PTOLOMEO, SIGLO II

tañas y los ríos de la Etiopía con relativa precisión. Otro mapa, de origen catalán, construido en el año 1375, prueba que ya existían relaciones entre Barcelona y la Mauritania; en él se leen los nombres de Biskra, del Touât, de Tombuctu y de algunos otros puntos; están trazadas las rutas de las caravanas, y los Tuaregs se representan con la cara cubierta y montados en camellos. En los escritos de la época se habla de viajes hechos más allá del desierto hasta la Sudania.

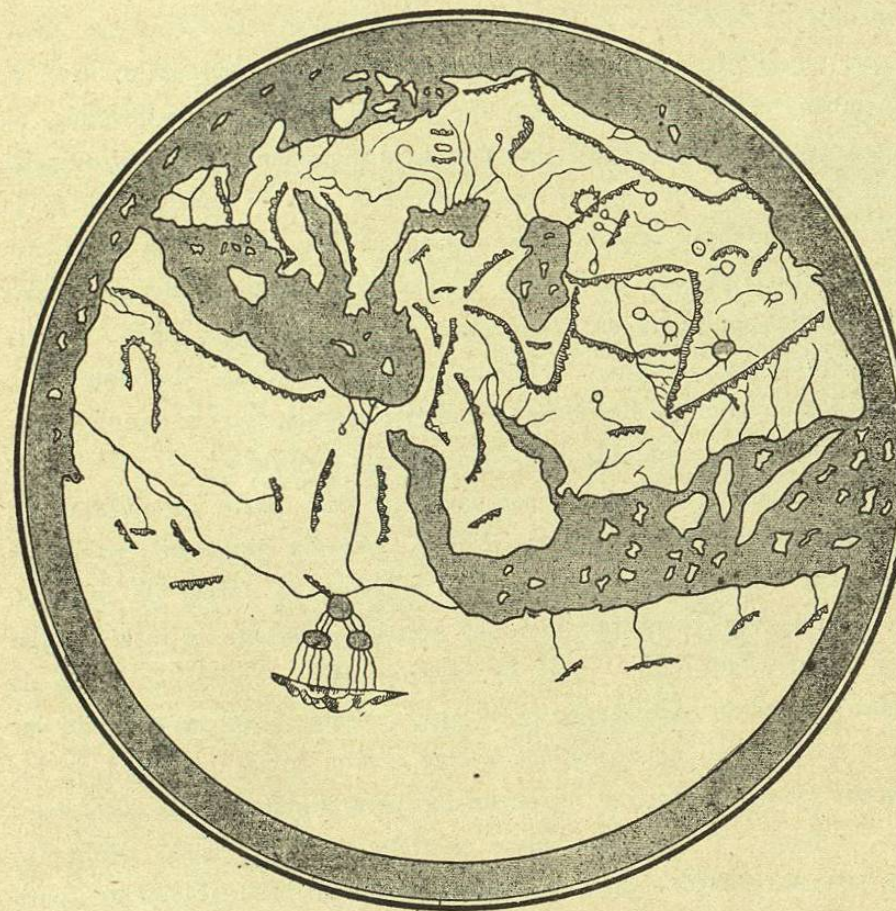
Los Arabes, á quienes los monzones llevaban alternativamente de una orilla á otra en el Océano Indico, sabían aprovecharse también de las brisas diarias y de los vientos generales sobre las

costas orientales del Africa, cuya verdadera forma les era indudablemente conocida. Massudi, en la primera mitad del siglo II, describe el aspecto verdadero de esas orillas; sin embargo, admira ver en el mapa, muy posterior, de Edrisi, preciosamente conservado en Oxford, el extraño trazado que aquel erudito de la corte de Roger II, el rey normando de Sicilia, da del litoral africano del mar de las Indias. Ese dibujo es verdaderamente incomprensible en pleno siglo XII, en una época en que, á lo menos hacía ya cuatrocientos años, los marinos árabes hacían regularmente escala en Melinda, en Mombase, en la isla de Zanzíbar y hasta en Sofala. Es imposible que no hubiesen observado en sus travesías cuál era la verdadera dirección de las costas; es seguro que habían visto el sol en el trópico del Norte, en el ecuador y hasta en el trópico del Sud, puesto que habían llegado hasta el cabo Corrientes, donde les había espantado el peligroso remolino de las aguas¹. Conocían, pues, la forma general del Océano Indico lo mismo al Oeste que al Norte, y á ellos debió después Vasco de Gama la fácil orientación hacia la costa del Malabar. Sí, los marinos y los viajeros hubieran podido dibujar más aproximadamente el contorno oriental del continente africano; pero muchos sabios, apoyándose en su misma ciencia, creían deber atenerse á la ignorancia antigua: teniendo á la vista las «tablas de Ptolomeo», aceptaban aquel documento como la expresión cierta de la verdad; entre el testimonio de los contemporáneos y los escritos de los Griegos, consagrados por el tiempo, no dudaban. ¡Cuántas veces la ciencia de los libros fué la causa de un retraso y hasta de una regresión en la ciencia de los hechos!

Al occidente del Africa, Arabes, Genoveses y Portugueses habían penetrado en las aguas atlánticas, guiados indudablemente en sus investigaciones por los recuerdos de la antigüedad fenicia, griega y latina. Unos marinos genoveses, cuyo nombre se ignora, descubrieron el grupo de islas más inmediato á Europa, y la tierra mayor de ese archipiélago recibió la denominación de Legnamo, traducida después por los Portugueses en la de Madera, actualmente inmerecida. En la misma época, es decir, á mediados del siglo XIV, fué hallado

¹ Oscar Peschel, *Geschichte der Entdeckungen*.

por otros Genoveses el archipiélago de las Azores; un mapa de 1351 indica ya todas las islas, una de las cuales, San Zorzo, estaba ya designada con el nombre del patrón de la república ligura, en tanto que otra tierra, la Terceira actual, se le nombra Brazi ó Brasi — nombre de una ó varias plantas tintóreas —, denominación miste-



EL MUNDO SEGÚN EDRISI, 1099-1164

riosa que no cesó de viajar sobre los mapas en la dirección del Oeste, hasta que sirvió para designar fijamente la mitad occidental del gran continente sud-americano.

En cuanto á las Canarias, más aproximadas á la tierra de Africa y conservadas en la memoria de los hombres por los escritos de los antiguos, habían sido indudablemente halladas de nuevo antes de aquella época, á lo menos en la primera mitad del siglo XIV. Una

expedición genovesa, probablemente anterior al año 1341, habla de las Canarias como tierra «nuevamente descubierta» recientemente, sin duda, como piensa justamente D'Avezac, por uno de esos caballeros normandos que se hallaban á la sazón en toda la furia de sus aventureras conquistas¹: el Genovés que edificó un «castillo» en la isla de Lanzarote, probablemente al final del siglo XIII, era un Lancelot de Maloysel, cuyo nombre, modificado á la Genovesa, llegó á ser, en la historia de la República, «Lancilote de Maloxilo»; la isla misma recibió también esta denominación. Un siglo después, en 1402, otro Normando, pero éste venido directamente de su provincia, Juan de Bethencourt, partió de la Rochela con 53 compañeros de la Francia occidental, desembarcó en Lanzarote y comenzó la ocupación del archipiélago por la corona de Castilla. Después de peripecias diversas, la conquista se realizó con gran daño de la bella é inteligente población indígena, llamada de los Guanches, probablemente emparentada con los Bereberes de la Mauritania, y «que una evangelización bien conducida hizo desaparecer pronto»².

Esos insulares habían conservado en gran parte su civilización, remotamente influida por la de Egipto; todavía pintaban jeroglíficos sobre sus rocas y conservaban sus muertos en forma de momias. Sus costumbres y sus instituciones atestiguaban una cultura antigua muy desarrollada, que hubo de retrogradar á consecuencia de la escasa extensión del territorio en que estaba acantonada y de las duras condiciones aristocráticas á que estaba sometida. Una de las pruebas más notables del retroceso de los Guanches era la falta absoluta de barcos y hasta de balsas en todo el archipiélago. En tanto que sus antepasados habían equipado flotas indudablemente para dirigirse desde el continente á las islas, ellos mismos no podían navegar de una á otra de las tierras que se veían en el horizonte: se habían convertido en cautivos del Océano. Como decía una de sus tradiciones, el dios que les había colocado sobre aquella roca del mar, había acabado por olvidarles.

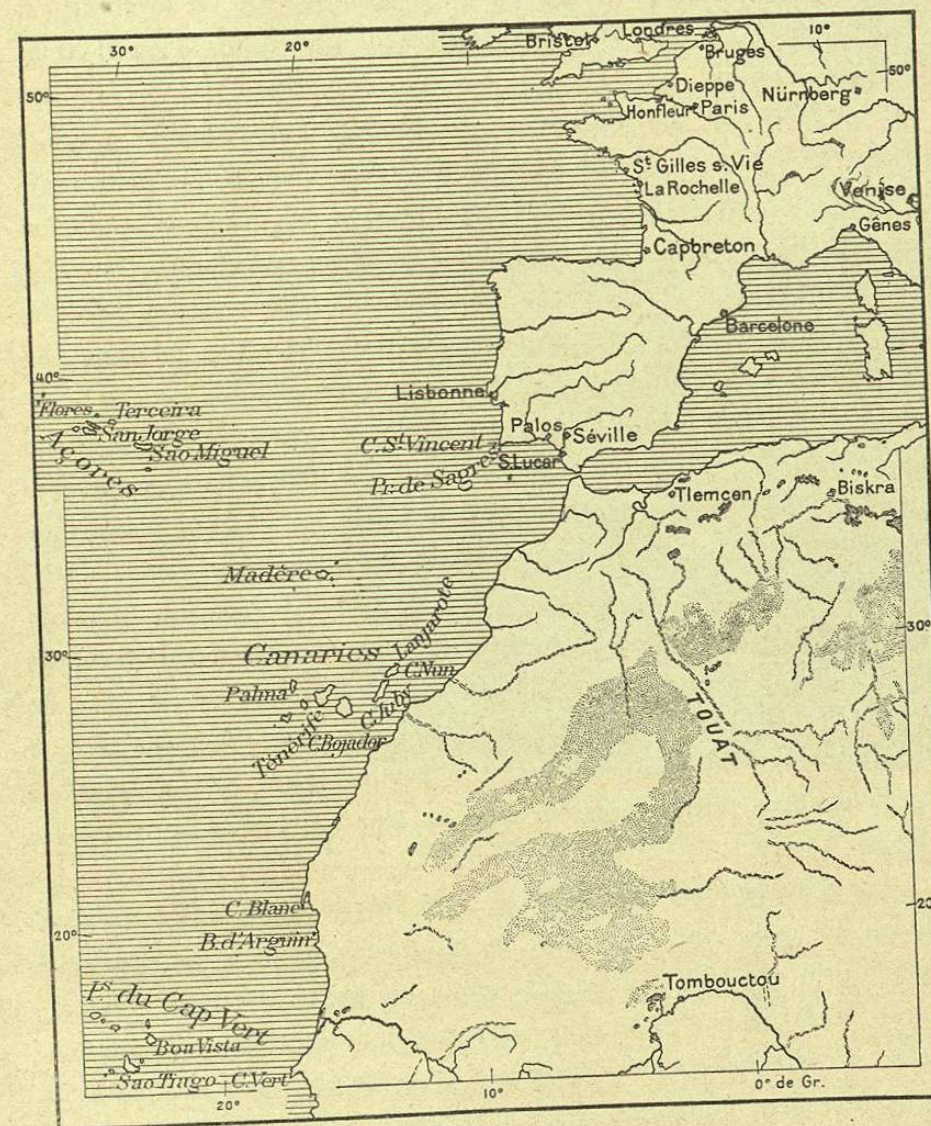
Los bárbaros españoles y normandos les hicieron ver otra vez la tierra de origen, pero como esclavos: vendieron la mayoría de

¹ *Nouvelles Annales des Voyages*, 1846.

² *Journal des Débats*, 26 de Diciembre de 1896.

los indígenas á los mercaderes de Marruecos, y en la actualidad no queda un solo Guanche de las Canarias, á excepción de los indivi-

N.º 358. Primeras costas descubiertas.



1: 30 000 000

0 500 1000 1500 Kil

duos de raza cruzada, entre los cuales los etnólogos se esfuerzan en descubrir los rasgos y los indicios. Durante el siglo XV, los únicos objetos de tráfico, aparte del hombre, fueron la droga farmacéutica

sangre de drago y la orchilla, utilizada en tintorería. Sin embargo, las Canarias han adquirido gran valor como vivero natural para la transplatación al Nuevo Mundo de las especies preciosas del Antiguuo: la caña de azúcar, el plátano y otras plantas de las Indias no se han hecho americanas hasta después de una estancia en el archipiélago canario.

La obra de descubrimiento se proseguía lentamente sobre la costa africana, y se comprende que así fuese, puesto que bajo aquellas latitudes las playas arenosas sólo pueden dar acceso á las inmensas soledades del Sahara. Además, se temía aventurarse hacia el ardiente ecuador, donde, según las antiguas tradiciones, el calor era tan fuerte que ningún organismo podía resistirle. Los marinos portugueses, que debían distinguirse después entre todos por su audacia, eran todavía al principio del siglo xv muy inferiores á los marineros de Génova, de Venecia ó de las Baleares, y cuando el infante D. Enrique, encargado, por su cualidad de gran maestro de la orden del Cristo, de las empresas de descubrimiento, se instaló en el promontorio de Sagres con sabios de todos los países, y fundó al lado de su castillo un observatorio, una escuela naval y reunió una rica biblioteca, cuando organizó lo que había de ser la obra de su vida, la exploración de la costa africana, tuvo que atraerse un cartógrafo de Mallorca, «el maestro Jacob», para que enseñase á los navegantes portugueses el arte de leer los mapas terrestres y celestes.

Antes de la toma de Ceuta, en 1415, los Portugueses no pasaban todavía del cabo Nun en el sud de Marruecos, es decir, el «no», el promontorio tras del cual parecía imposible pasar. Después transcurrieron cerca de veinte años de esfuerzos inútiles sin que se pudiera doblar el cabo Bojador, el «mugiente», que se prolonga á lo lejos por largos arrecifes, obligando á los marinos á navegar hacia alta mar, hasta que Gil Eannes, para alcanzar del infante D. Enrique gracia por una falta cometida, juró pasar el cabo Bojador. Cumplió su palabra en 1434, y entonces comenzó la serie rápida de los descubrimientos metódicamente realizados á lo largo del litoral, poniendo empeño cada navegante en ir más lejos que su predecesor. Gonzalez Baldaya descubre la bahía llamada actualmente Río de Oro, así

denominada por el polvo de oro que contiene; este descubrimiento inclinó hacia el príncipe la opinión pública, que antes le ridiculizaba y, en unión del clero, le oponía la Santa Escritura en prueba de que sus exploraciones no podrían tener éxito; entonces se comprendió que se tenía ya el camino de la India, «país natal de todo el oro»¹. Nuno Tristão dobló en seguida el cabo Blanco, y pasó de la bahía de Arguin y sus ricos bancos de pescados. Las desiertas playas del Sahara se dejaron al Norte, y los navegantes alcanzaron ya costas pobladas de donde se extraían gomas y otros objetos preciosos y, por desgracia, también esclavos.

En 1445 Diniz Díaz hizo el gran descubrimiento del cabo Verde, al cual dió precisamente ese nombre para demostrar cuánto se habían

engañado sus predecesores al atribuir á las comarcas tropicales una eterna aridez. Desde entonces los viajeros se arriesgaron con mayor audacia, debido á que otros Europeos se habían aventurado también en el interior, y que el conocimiento de la tierra completaba de ese modo el del mar en un mismo conjunto geográfico. Los desastres servían también para la experiencia de los marinos: Nuno Tristão y varios de sus compañeros murieron heridos por flechas envenenadas, y el resto de la tripulación huyó directamente por mar, sin ver el litoral en un solo punto hasta la llegada á las costas de Portugal.



Documento comunicado por la Sra. Astier.

GRUTA ANTIGUAMENTE HABITADA POR LOS GUANCHES

Cerca de Las Palmas, Gran Canaria.

¹ Winwood Reade, *The Martyrdome of Man*.